

El rebelde solitario^(*)

Jorge Paredes

Pasaron juntos una larga temporada en Londres y luego se han encontrado en momentos trascendentales, como la comisión Uchuraccay y la campaña política de los años noventa, a raíz de todo esto los une una amistad entrañable: Por eso nadie mejor que el psicoanalista Max Hernández para darnos pistas sobre esos grandes ideales que gravitan en el accionar intelectual, social y político de Mario Vargas Llosa.

1

Transcurría el último lustro de los años sesenta. Mario Vargas Llosa, su esposa Patricia, Max Hernández y su entonces esposa, eran grandes amigos en Londres. En ese momento desde el Perú llega la amenaza de pena de muerte a Hugo Blanco, líder campesino y agitador trotskista. “Nos pusimos en actividad muy pronto. Lo primero que hicimos fue tomar contacto con Aministría Internacional y Mario era infatigable en su defensa del derecho a la vida de Hugo Blanco”, recuerda el psicoanalista. “Organizamos un grupo plural en torno a su defensa, formado por un electricista trotskista, un par de anarquistas españoles y un banquero. Se había acusado a Hugo Blanco de agitación y nosotros no teníamos evidencia de ningún acto criminal, y lo que defendíamos en ese momento era el derecho irrestricto a la libertad de expresión”.

“Lo que quiero destacar es que Mario Vargas Llosa tuvo una defensa absoluta y radical de la libertad de Hugo Blanco más allá de cualquier convicción política”.

2

Cuando ocurre en Cuba la detención del poeta disidente Heberto Padilla (año 1971), Mario Vargas Llosa también se pronuncia y, además, critica con dureza la actitud de los dirigentes cubanos contra los homosexuales. “Yo tengo la impresión –reflexiona Hernández– de que en Mario hubo siempre una vocación muy fuerte por la libertad.

Libertad que lo llevó también a celebrar el surrealismo, inspirado por el respeto que siempre le tuvo a César Moro, su antiguo profesor del Colegio Militar Leoncio Prado. No tengo la menor duda de que el hecho revolucionario lo ha fascinado, seducido e imantado siempre”.

Max Hernández recuerda que alguna vez Mario Vargas Llosa le hizo leer uno de los libros más extraordinarios que haya leído nunca. “Hacia la estación de Finlandia” (1940), de Edmund Wilson, un texto que “conjuga la indagación histórica, la crítica literaria, la reflexión filosófica, con una prosa espléndida, y que termina cuando Lenin llega a la estación de Finlandia y dirige su famoso discurso. Yo creo que Mario Vargas Llosa ha visto en el revolucionario al héroe solitario y singular con el cual se ha identificado siempre”.

“Este héroe que busca la libertad y está más allá de la dicotomía de ser un personaje de derecha o de izquierda”.

3

Uchuraccay, 1983. Max Hernández y Vargas Llosa formaron parte de la comisión que investigó la muerte de los ocho periodistas en las lejanas alturas ayacuchanas. “Una noche, en el Hotel de Turistas de Ayacucho –cuenta Hernández–, salí al corredor a caminar y encontré a Mario solo y vi su preocupación y angustia”. El informe iba a ser después cuestionado por algunos sectores, aunque ahí se consignaba todo lo que la comisión había recogido. “Si hubo un error fue tal el no habernos dado cuenta de un hecho fundamental”, confiesa el psicoanalista. “Tanto para los terroristas como para el Estado nuestros campesinos altoandinos eran totalmente prescindibles. Al no ver esto, el informe no alertó sobre lo que estaba pasando”.

“Eso es lo que a Mario le preocupaba. Yo creo que su teoría de la utopía arcaica nace de ahí, es resultado de esa reverberación, de ver este desencuentro de subjetividades tan diversas”. ¿Existen

dimensiones de nuestra nacionalidad que no hemos llegado a entender del todo? “Sí –responde Max Hernández–. Creo que recién estamos empezando a comprender al Perú en su totalidad. Debido a la gran fractura de nuestra formación quedaron zonas segregadas de nuestra subjetividad, nacionalidad e historia. El darse cuenta de ello fue lo que le produjo ese enorme desconcierto que compartí durante toda una noche, caminando por ese hotel ayacuchano.

Pierre Vilar, el gran historiador francés, escribió “El tiempo del Quijote”, un ensayo breve donde explicaba que la genialidad de Cervantes radicaba en haber creado un personaje que representaba los ideales de un tiempo que ya no existía. Es decir, una

figura obsoleta, anacrónica, imposible, que se enfrenta a molinos de viento en una España en crisis. “Yo sí creo –concluye Max Hernández– que ese es el valor de Mario Vargas Llosa. Él es ese Quijote que ejerce un poder solitario y se sigue enfrentado a cosas que él cree que están mal con gran coraje y entrega”.

El Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a este señor que brega contra viento y marea por una serie de valores desde su posición de héroe solitario, que a veces encuentra el eco inmenso de todos.

(*) En: “Mario Vargas Llosa: El Nobel más esperado”. Suplemento **El Dominical**. Diario El Comercio. Lima, 12-12-2010, pp. 22 y 23.

Contra toda tiranía^(*)

Angel Páez

Las más importantes y mejores novelas del Nobel peruano están dedicadas a denunciar toda forma de régimen, sea de izquierda o derecha, basado en la cancelación de las libertades y en la eliminación de las personas. Ese ha sido su compromiso permanente.

Desde su primera novela, *Mario Vargas Llosa* denunció la tiranía como una de las más funestas formas de opresión. En *La ciudad y los perros* (1963) grafica el autoritarismo castrense en el Colegio Militar Leoncio Prado y también el despotismo de los padres que confinaban a sus hijos en dicho claustro con el supuesto propósito de “enderezarlos”. El propio escritor sufrió en carne propia la experiencia. Su progenitor, Ernesto Vargas, que perteneció a la Marina, lo forzó a ingresar en el claustro para disuadirlo de dedicarse a la literatura, algo que consideraba cosa de maricas. Al abandonar las aulas leonciopradinas muy pronto se vería cara a cara con la expresión de la tiranía política en los años cincuenta.

Cuando era de izquierda, estudiaba en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y actuaba como dirigente estudiantil, Vargas Llosa tuvo

un encuentro con el mastín del dictador Manuel Odría. “Era director del Ministerio del Interior, Alejandro Esparza Zañartu, el hombre más detestado después del propio Odría. (...) fue durante esa entrevista, al verle, que se me ocurrió por primera vez la idea de una novela que escribiría quince años más tarde, *Conversación en La Catedral* (1969). Esparza se convertiría en la ficción en Cayo Bermúdez. En esa época detestaba furiosamente a las dictaduras de derecha, pero rápidamente extendería su aversión a las satrapías de izquierda.

La conversión empezó el 20 de marzo de 1971, cuando el régimen de Fidel Castro Ruz ordenó la detención del poeta Heberto Padilla por supuestas actividades contrarrevolucionarias. El crimen que cometió Padilla fue haber compuesto versos que disgustaban a la dictadura. En ese año, Vargas Llosa, no obstante que respaldaba la revolución socialista de la junta militar del general Juan Velasco Alvarado, desató una implacable campaña contra el castriismo. Para el escritor era inconcebible que un gobierno que se declaraba de izquierda enviara a la prisión a los que discrepaban. No mucho tiempo después, la poca simpatía que le quedaba por el